

Lectura, escritura e intimidad. Historia de las mujeres sin letra

Graciela Batticuore

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES – CONICET

ABSTRACT

The reading mother is a typical figure in Western 19th century literature and art. A figure who lives on with her own modulations today. However, there are also women who *do not read, do not write* or do so in a precarious way. They are assisted in various circumstances by literate "mediators" who intercede for them inside or outside the home. This reality of all times often outlines a subjective, individual, and social drama, related to the experiences of war, uprooting, immigration, and poverty. From these perspectives we will try to explore the links between reading, writing and intimacy in different times and circumstances, focusing on the literary exchanges between Argentine and Italian culture.

Keywords: Written culture, reading, illiteracy, women, intimacy.

La madre lectora es una figura típica en la literatura y en el arte occidentales del siglo XIX, que perdura con modulaciones propias en la actualidad. Pero también existen las *mujeres que no leen, que no escriben* o lo hacen de manera precaria, auxiliadas en diversas circunstancias por "mediadores" letrados que interceden por ellas dentro o fuera del hogar. Esta realidad de todos los tiempos a menudo bosqueja un drama de carácter subjetivo, individual, social, vinculado con la experiencia de la guerra, el desarraigo, la inmigración, la pobreza. Desde esas perspectivas intentaremos explorar los vínculos entre lectura, escritura e intimidad en diferentes épocas y circunstancias, con foco en los intercambios literarios entre la cultura argentina e italiana.

Palabras claves: Cultura escrita, lectura, analfabetismo, mujeres, intimidad.

Lo inaudito

Para empezar a explorar los vínculos entre lectura e intimidad propongo un breve ejercicio de imaginación. Se trata de recrear mentalmente la figura de lectoras y lectores de diferentes épocas, por ejemplo, imaginar a un individuo cualquiera que recibe con emoción una carta que espera desde hace tiempo. Otro que lee en el metro, camino al trabajo, los titulares del periódico. O un niño que mira las letras de imprenta en su manual de primer grado, ya conoce las cursivas, aprende ahora las mayúsculas, entra en un mundo repleto de signos que comienzan a poblar la infancia, la interioridad. A la noche, ante de dormir, también su madre lee para él en voz alta, transmite en esa cadencia sonora una afectividad que acompañará al hijo por el resto de la vida. En un contrapunto podemos vislumbrar a otra lectora más joven, sumergida en las calles céntricas de Buenos Aires durante las marchas “de los pañuelos verdes”. Hace unos pocos meses atrás, ella y muchas otras reclamaban en la vía pública su derecho a decidir sobre el propio cuerpo, en contra de las violencias de género en la vida contemporánea. Quizá esa lectora haya leído alguna vez a Simone de Beauvoir, a Virginia Woolf o a cualquiera de las escritoras contemporáneas cuyas obras fortalecen el mercado editorial y la biblioteca mundial.

Imaginemos a toda esa gente leyendo. A toda esa gente y mucha más, pero también a los que no leen porque no saben hacerlo, aunque vivan rodeados de libros e impresos. Hay miles de analfabetos en el mundo, todavía, lo que no impide que sus hijos vayan a la escuela o a la Universidad. O que ellos mismos tengan un contacto directo con la escritura y la lectura: en las calles que transitan hay carteles; en los kioscos, revistas; en las vitrinas, anuncios; en la casa, hijos que leen. La escritura y la lectura forman parte inevitable de la vida cotidiana desde hace siglos pero en el mundo moderno su presencia se impone en casi todas partes, hasta en los pliegues de lo íntimo. El mundo está repleto de signos lingüísticos que nos asaltan, nos entran por los ojos, nos interceptan a cada momento, sepamos descifrarlos o no. Es imposible permanecer ajenos, salir indemnes o evitar que nos afecte en lo más íntimo esa dimensión de lo escrito que se inmiscuye en los ojos y el lenguaje, ya sea por presencia u omisión.

Pero qué es la intimidad hace falta preguntarse. Algunos autores han probado respuestas, por ejemplo, José Luis Pardo dice que no hay que confundir *intimidad* con *privacidad*, todo “lo secreto” pertenece al orden de lo privado pero lo íntimo está ligado al arte de contar la vida y de vivirla. Un arte de *transmitir* para otros, de hacer tangible el miedo, la alegría o la tristeza, eso que *siente* un individuo adentro suyo en diversas circunstancias. Intimidad es *oírse a sí mismo*, reconocerse en una lengua, en la resonancia interior del habla, hecha también de silencios (eso mismo que callamos frente a los otros cuando hablamos). Además, “intimidad es

lo que nos impide ser idénticos”, siempre iguales, previsibles, lo que implica carecer de apoyo firme o de estabilidad, de fijeza (Pardo, 1986, p. 47). Podríamos agregar que la intimidad impide que seamos sujetos inertes frente a un mundo donde muchos rehúyen de la aventura que supone el autoconocimiento, incluso por vía de los libros.

A menudo la lectura y la escritura nos desestabilizan, es decir que nos vuelven íntimos. Se diría que son prácticas contiguas que nos permiten reconocer en la propia interioridad los dobleces del yo. Y, sin embargo, no es condición de la intimidad estar completamente solos. François Jullien, filósofo francés, propone más bien lo contrario en su libro titulado *Lo íntimo*, donde comienza reflexionando sobre el encuentro sexual y amoroso de una pareja en un tren, para demostrar que la experiencia de intimidad se alcanza mejor “entre” dos, ya que un sujeto *se abre* por completo *a sí mismo* solo *a través de otro*. De esa manera afronta su interioridad y asoma en el intercambio amoroso, no la confesión, es decir lo que el sujeto *sabe de sí* (lo que ya sabía desde antes) sino lo *inaudito*. O sea lo desconocido de sí, que al develarse lo alumbra (Jullien, 2016).

Creo que esta reflexión puede trasladarse al mundo de los lectores y los escritores. En la época moderna, que incluye no sólo el presente sino varios siglos atrás, al menos desde Gutenberg en adelante, leer implica una actividad interior. Si lo pensamos con los románticos, por ejemplo, la lectura es preferentemente *solitaria*. Si evocamos, en cambio, a un sujeto ilustrado del siglo XVIII, cartesiano, para él la lectura es ansia de conocimiento, afán de erudición. De ahí la práctica de la *lectura compartida* en los salones, las ceremonias intelectuales que celebran el goce de una elite. También en esos casos hay pasión: de saber, de ideas y de mundo. Pero el común denominador entre unos y otros es la *lectura silenciosa*, que ejercitaron por igual los poetas y filósofos de la era moderna. En esta modalidad que conocemos bien hasta hoy cobran protagonismo los ojos por encima de la boca, también los labios y la voz acaparan la escena. Mientras el resto del cuerpo necesita estar quieto, concentrado, replegado, absorto, entregado a la actividad de la lectura para satisfacerla. Hace falta guardar cierta compostura al leer, ya sea que el lector o la lectora esté sentado, acostado, de pie o en una posición cómoda, distendida, o en un ambiente social que lo obliga a mantener una pose apropiada, civilizada. En cualquiera de los casos, la lectura silenciosa pide al cuerpo detenimiento, para que las letras no bailen debajo de los ojos y sea posible *leer o escribir, entrar en el texto*, que es también la forma que tiene un lector de *entrar en sí mismo*. Frente al escrito, el lector-la lectora conoce, aprende, a veces también desconoce, se asombra, se deslumbra o, ciertamente, se encuentra consigo mismo/a. Puede suceder incluso que se aburra y prefiera cerrar el libro, salir a mover el cuerpo lejos de las bibliotecas o del encierro; de cualquier manera, *el lector siente, la lectora vive cuando lee, si hay intimidad*.

Madres que (no) leen

Si es cierto que la lectura está unida a la intimidad en tiempos modernos, también está ligada al imaginario de los orígenes personales, a los comienzos, a situaciones o figuras primarias en la vida de los letrados¹. Pienso, por ejemplo, en un autor clásico de la literatura francesa, Juan Jacobo Rousseau. Y en otros dos escritores argentinos que son también clásicos, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento. Con ellos vuelvo a las mujeres lectoras y a las iletradas, al siglo XIX y a la vida contemporánea, más concretamente, vuelvo a pensar en las madres que leen para sus hijos, las que enseñan a leer pero también las que no leen o no han leído jamás. Es decir, en *las mujeres analfabetas y en las letradas*, que conviven en el mundo real, en las representaciones literarias y artísticas, en la fotografía o en el cine moderno. Los ejemplos al respecto podrían ser numerosos pero vamos a concentrarnos solamente en los casos recién mencionados².

Uno de los párrafos más hermosos de las *Confesiones* de Rousseau sitúa al protagonista junto a su padre, en la infancia, ambos leen en la cama, por las noches, hasta que asoman las golondrinas en la ventana al amanecer. Los libros que comparten padre e hijo provienen de la biblioteca materna, también por eso hay una particular intimidad en la lectura. Hay emoción. Porque la madre del niño murió al dar a luz; Juan Jacobo no llegó a conocerla. Otro tanto le sucedió en el Río de la Plata, pero varias décadas después, a Juan Bautista Alberdi, ideólogo, político y escritor romántico que, al igual que Domingo F. Sarmiento y el resto de los argentinos de su generación, leyó al filósofo francés, lo admiraba y se sentía identificado con él. No sólo por las ideas compartidas sino por el parecido en ese hecho capital y triste de la vida, al que ambos hacen referencia en sus respectivas

¹ Continúo aquí la fórmula de Sylvia Molloy (1996), donde propone que un rasgo propio de los autobiógrafos latinoamericanos es la recurrencia a una escena de “los comienzos” como lector/a. Creo que no sólo los escritores sino los lectores de toda clase y toda procedencia suelen buscar en la propia historia de vida, el momento idealizado de unos orígenes que los definen en su relación con los libros o las bibliotecas.

² Sobre la convivencia de mujeres letradas con iletrados puede consultarse también mi estudio *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina* (2017). En el capítulo 1, “La lectora de periódicos” profundizo la cuestión a partir de algunos en el arte y la prensa argentina del siglo XIX: entre otros, “La familia Bernal”, de Prilidiano Pueyrredón, un óleo de mediados de siglo donde la criada de la casa, una mujer de raza negra, participa de la ceremonia matutina de la lectura en voz alta del periódico, que lleva a cabo el padre de familia en la habitación principal; otra escena típica es la de Franklyn Belgrano Rawson, *Escena interior* (1867), donde una niña y una joven asisten en un contexto doméstico al hombre de la casa que lee el periódico. En la serie analizo también un conjunto de retratos de lectoras que pintó el artista Carlos Enrique Pellegrini hacia 1830 en Buenos Aires, en cotejo con las representaciones de lectoras que asoman en los ensayos de prensa de la época.

autobiografías. El propio Alberdi lo expresa así: “mi madre había cesado de existir, con ocasión y por causa de mi nacimiento. Puedo, así, decir como Rousseau, que mi nacimiento fue mi primera desgracia” (Alberdi, s/f, p. 34).

Sin dudas, hay en esa expresión un drama, una tragedia. Y, por supuesto, hay flaqueza, vulnerabilidad, silencios que entendemos, hay intimidad. Además, en una y otra casa hay una biblioteca con libros que eran de la madre (la de Alberdi era aficionada a la poesía). O sea que hubo una *madre letrada* en el pasado de Alberdi y en el de Rousseau, *una madre lectora* pero físicamente ausente, con la cual el niño estableció un vínculo más allá del tiempo, a través de los libros compartidos con ella en diferentes tiempos. En la biblioteca de Rousseau, los libros maternos son todos de un mismo género literario: se trata más que nada de novelas, muy temidas por los moralistas y los pedagogos en el siglo XIX, ya que inducen el alma infantil de Juan Jacobo por el camino peligroso del sentimentalismo. Dice así Rousseau, al comienzo de las *Confesiones*:

Las novelas terminaron con el verano de 1719. Agotada la biblioteca de mi madre, recurrimos a la parte que nos tocara de mi abuelo. Felizmente, allí se encontraron buenos libros, y casi no podía ocurrir otra cosa, porque aquella biblioteca había sido formada por un ministro de verdad y hasta sabio, según era la moda de entonces, pero hombre de gusto y de ingenio (Rousseau, 1985, p. 5).

Sea que estas madres leyeran novelas o poesías, el vínculo con los libros, en la infancia, es definitivo para la vida de estos dos intelectuales célebres, uno de Francia, el otro de Argentina, porque en ambas biografías *la biblioteca sella un lazo amoroso y profundo, íntimo, con la madre ausente*. Y, a la vez, abre el compás de una búsqueda infinita e imaginaria con ella, a través de la palabra, incluso de las materialidades de esas bibliotecas y de esos libros que frecuentó la madre, alguna vez, antes de morir.

Fuera de estos casos célebres, *madres lectoras* que dejan huellas en el alma de los hijos hay muchas en la literatura y en la historia. Pero no todas las madres del mundo son letradas, lo sabemos. En *Recuerdos de provincia* (1851), Sarmiento cuenta que la suya aprendió a leer pero *lo olvidó por falta de práctica*. O sea que Doña Paula Albarracín no es, propiamente, una madre iletrada, ya que alguna vez supo leer. Más bien se diría que ella es un caso raro o particular, como el propio Sarmiento, que en su libro autobiográfico insiste en caracterizar a la madre como una trabajadora empeñosa que pasaba largas horas en el telar, bajo una higuera, haciendo tapices que le permitían ganar dinero para mantener a su familia. En el relato que hace el hijo, la madre no lee porque no tiene tiempo, así Doña Paula se perfila en la historia argentina como una *mujer trabajadora, buena e iletrada*. Ella

representa, en versión pobre y honrada, una variante de esa figura típica y muy encomiada en el siglo XIX, la del “ángel del hogar”.

Pero además de criar y mantener a la familia, Doña Paula Albarracín hizo otra cosa notable en favor de su hijo. Fue ella, precisamente, quien le contó muchas historias del pasado colonial que le sirvieron para llenar algunas páginas valiosas de *Recuerdos de provincia*, uno de los libros de Sarmiento que tuvo más persistencia en la memoria de los lectores. Ese libro se convirtió en un clásico que reivindica la figura del autodidacta y también la de *la madre iletrada*. La crítica ha señalado de diferentes modos que Sarmiento elaboró su propia imagen de escritor y de hombre público a través de la auto figuración de sí mismo como *lector voraz y apasionado*. Un lector ilustrado y ávido por *saber* (Piglia, 1980; Ramos, 1988; Molloy, 1996) pero también por *sentir*, las dos tendencias se superponen en el romanticismo argentino de la época (Batticuore, 2016).

Propongo imaginar a Sarmiento en una escena que no contó y que resulta verosímil en ambientes familiares como el suyo, donde *los letrados conviven con los iletrados*. Esa realidad persiste en muchas geografías, por eso no es difícil vislumbrar al niño Sarmiento, luego al joven, leyendo para su madre, en voz alta, algún pasaje de la Biblia, un catecismo, la crónica escrita por cualquier viajero de la época o el fragmento de una novela romántica en boga. O quizá una página de Chateaubriand o de Lamartine, o simplemente el periódico del día, que trae noticias de la actualidad. O también algún pasaje memorable de esos libros de historia que el padre de Sarmiento le había enseñado a memorizar de chico, cuando tenía cuatro años y todavía no sabía leer pero andaba ya de casa en casa, de la mano del padre, recitando de memoria los fragmentos completos de un libro pesado para su edad. Sarmiento mismo nos cuenta esa historia que lo encuadra en *la pose del niño prodigio*, el que su papá anhelaba que él fuera. Una pose donde el Sarmiento aparece *simulando* que lee en voz alta, para que los vecinos y los conocidos lo admiren o celebren. Claro que no es ésta una escena imaginaria sino un recuerdo, incluso una confesión, que el autor nos lega en su autobiografía.

Pero no quiero perder de vista a Doña Paula, con ella sí entramos a la escena figurada del *niño que lee en voz alta para la madre*. No entramos en el corazón de las tinieblas sino en el de la intimidad, porque recreando ese momento que bien pudo haber tenido lugar en la vida real de Sarmiento, en un día cualquiera de su niñez, me hago una pregunta. ¿Qué siente un niño que está aprendiendo el mundo, que acaba de entrar en el camino de la alfabetización y se decide a *leer en voz alta para su madre analfabeta*: un libro, una historia, una receta de cocina? No es difícil de adivinar la respuesta si nos transportamos hasta la actualidad, donde también hay madres que no pueden acceder a la lectura o a la escritura por sí solas. Y también hay hijos de mujeres iletradas que van a la escuela y aprenden a leer, a escribir. Es fácil imaginar que el niño acaso siente orgullo, siente temor, siente el deseo de

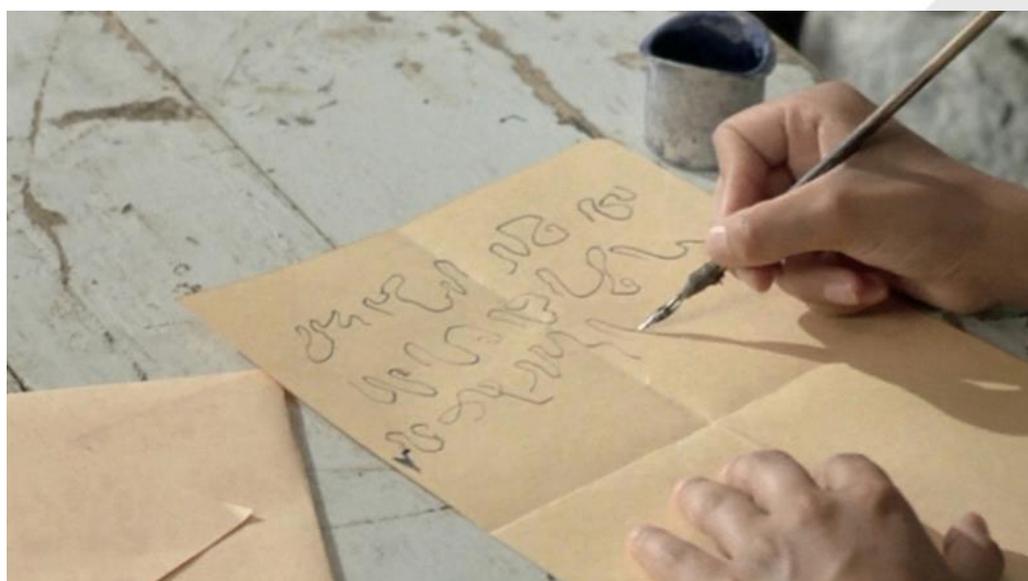
complacer a la mamá, siente extrañeza o vergüenza porque ella *no sabe*. Acaso el niño sienta responsabilidad o pena o alegría de compartir con la madre lo que ella no sabe hacer. Imposible generalizar, porque todas estas emociones son personales; lo cierto es que Sarmiento, además de ostentar en su autobiografía una historia novelesca de su relación con los libros, se atreve a mostrar una experiencia íntima, de alta vulnerabilidad e inseguro rédito. Sarmiento *invierte la escena consabida de la madre que lee para el hijo*, ya sea para entretenerlo o educarlo, como manda el siglo, y muestra su revés. Así apuntala el camino de *una historia de las mujeres sin letras en Latinoamérica*.

Mujeres que (no) escriben

Hubo y hay iletrados en la historia del mundo. También en el presente, en la vida contemporánea, en la literatura y en el cine. Por ejemplo, la extraordinaria película de los hermanos Paolo y Vittorio Taviani, *Kaos*, filmada en Sicilia, en 1984, pone en escena personajes típicos. En el primer cuadro del film, el conflicto se desata en el marco devastador que ha dejado la guerra mundial, donde un grupo de campesinos espera la hora para emigrar de su patria. La protagonista es una mujer analfabeta que acude a ver a una joven para que ella le escriba una carta, que después enviará a sus hijos ya emigrados en América. En una escena memorable aparece la madre dictando con gran emoción lo que necesita que la otra mujer transcriba (1). El movimiento lento de la cámara muestra a los espectadores el drama que se desarrolla entre las dos: la joven no escribe sino que dibuja sobre el papel una serie de garabatos que no significan nada, no son palabras, no consignan un mensaje descifrable. La escribiente engaña a la pobre madre iletrada y se burla de ella, indiferente a sus sentimientos y los de sus hijos que, si recibieran esa carta en América, no podrían descifrar el acertijo (2). Más adelante, en el film, la madre se entera del engaño pero en vez de enojarse se reconforta, porque comprende que el silencio de los hijos a otras cartas anteriores se debe a que jamás entendieron el sentido de esos garabatos (evidentemente, la mediadora de escritura fue siempre la misma). Puede decirse que, en este caso, *la intimidación está hecha del temor al olvido, de negación y de silencio, de palabras no dichas, no escritas*. También de la traición o de la crueldad de un prójimo que no empatiza sino que se aprovecha del más débil. O acaso la falsa escribiente redime, en esa burla al prójimo, la vergüenza o la frustración de su propia ignorancia (es probable que ella tampoco sepa escribir).



1. Fotograma de la película *Kaos*, Hermanos Taviani.



2. Fotograma de la película *Kaos*, Hermanos Taviani.

En la Argentina de mediados del siglo XX, una escritora italiana inmigrante, Syria Poletti, escribió sobre estos temas en varias de sus novelas. *Gente conmigo*, publicada originalmente en 1962 e inspirada en episodios autobiográficos, cuenta la historia de una chica italiana que llega a la Argentina no sin dificultades, ya que los problemas físicos de una escoliosis severa retardaron los permisos para ingresar al país. Una vez que está en Buenos Aires se dedica a vivir del oficio que había aprendido junto a su abuela, en la aldea italiana donde nació: “era un oficio muy extraño el nuestro: el de escribir cartas para los ignorantes”, así lo define la narradora en la segunda página del libro (Poletti, 2017, p. 30). Y agrega, un poco después: “abuela y yo éramos tan pobres que para comer teníamos que cobrar

unos centavos por cada carta que escribíamos y esperábamos clientes como los esperan los abogados y los funebreros” (*ibidem*). Esta chica y su abuela ejercen una práctica que hoy conocemos bajo el nombre de “escritura delegada”, llevada a cabo gracias al servicio de un *mediador de escritura* que puede o no cobrar dinero por su intervención, tal como lo han estudiado algunos especialistas de la historia de la cultura escrita (Lyons, 2018). En la vida contemporánea sigue vigente esta práctica, en comunidades donde el analfabetismo es todavía moneda corriente. Hace un par de décadas, el director de cine brasileiro Walter Salles lo puso en escena en la película *Central do Brasil* (1998), conocida en Argentina como *Estación central*, cuya protagonista es una mujer de bajos recursos que se gana la vida escribiendo cartas para los analfabetos en la estación de trenes. Su vida y la de los otros se cruzan dramáticamente, bajo la mirada sensible del director. En la novela de Poletti también se interceptan las vidas de unos y de otros, tal como lo sugiere el título. Acostumbrada a codearse con historias ajenas, a través del relato compartido en voz alta, la protagonista se involucra en esos dramas y los hace suyos. A tal punto, que expone su propia suerte cuando decide falsificar los datos de identidad de algunos clientes, en cartas que traduce al italiano para los inmigrantes que solicitan una visa de ingreso al país ante el consulado. Son clientes que padecen problemas de salud que inhabilitarían la visa, así que ella, para ayudarlos, cambia datos importantes en las traducciones, es decir que infringe la ley, después la descubren y acaba presa.

En las primeras páginas del libro, cuando la protagonista evoca su infancia en Italia junto a la abuela (esta parte de la historia es autobiográfica), parece que la suerte ya estaba echada, porque las dos mujeres vivían del dinero que les proporcionaba el oficio de escribir para los iletrados. La cercanía con ellos y sus historias de vida, la intimidad que abre el relato compartido, las conmueve en demasía:

Todo buen artesano tiene su conducta: nosotras también la teníamos –escribe la narradora. A los soldados, por ejemplo, no les cobrábamos y ellos nos compensaban trayéndonos agua y cortando leña. A las madres que tenían hijos en América tampoco les cobrábamos nada. Era nuestra norma. En esas cartas iba más sangre que tinta, más silencios que palabras. Imposible cobrar todo eso (*ivi*, p. 31).

La empatía resuelve el accionar de estas mujeres en una imagen contraria a la escena de apertura de *Kaos*, la película de los Taviani. Aquí no hay engaño ni traición, no hay desidia, ni burla, ni desquite sino un arco fraternal y solidario que abre camino a la suerte compartida: en este caso, como en muchos otros, la guerra y la pobreza definen los lazos familiares de los analfabetos, que son también los desclasados, unidos por una intimidad que la escena de escritura y lectura

abrazan, incluso, en lo no dicho. Ese mundo de flaquezas, de orfandades, de vacuidades, que pueden vislumbrarse en los repliegues de un texto, en sus climas o entrelíneas, interceptan al lector/a en la intimidad.

Letras desgarradas, firmas desgarradas

Me dejo arrastrar por este río que trae y lleva tantas historias de iletrados, historias en las que me reconozco también. Mi madre nació en un pueblo del Molise hace ochenta y siete años, vivió allí con su mamá y su hermana cuando el padre ya había emigrado a Buenos Aires. En el pueblo de Castropignano llegó a ir al colegio por un año, cuando tenía seis, después se enfermó de tifus y estuvo en cama otro año más para recuperarse. Dos amigos suyos de la misma edad murieron de esa misma enfermedad; ella sobrevivió y cuando estaba lista para volver a la escuela estalló la segunda guerra mundial. Vio su casa derrumbada por los bombardeos, vio a los muertos en la calle y sufrió con los vivos pero sobrevivió otra vez. Al final de la guerra emigró a la Argentina, donde conoció al padre y al hermano que la estaban esperando en el puerto al llegar. Mi mamá se llama María Macoretta y no sabe leer ni escribir pero sí aprendió a hacer su firma.

Hace poco leí una novela argentina cuya protagonista es una inmigrante española de la misma edad de mi madre, que también conoció la guerra pero no la escuela. Su nieto, el escritor Eduardo Muslip, escribió su historia y la publicó en 2017, en un libro que lleva por título *Florentina*, la misma a quien él supo observar con atención amorosa durante los años de su infancia. Al comienzo de la historia, el narrador cuenta que un día su abuela “aparece” antes sus ojos como una ensoñación. Él se encontraba solo en la casa de una de las tías con las que vivió la mujer cuando era anciana, de repente se apareció ante el nieto y todo el pasado regresó en su memoria. Así nos sumerge el narrador en la historia y pronto nos enteramos de que Florentina odiaba a los curas, porque no la habían dejado estudiar cuando era niña. Sus hermanos varones sí que habían ido a la escuela pero ella no. Florentina aprendió únicamente a firmar, lo hacía cada tanto, cuando era muy necesario. Escribía con una letra lenta y desgarrada que se tambaleaba contra el papel, una letra que fastidiaba a sus hijas cuando les tocaba acompañarla para hacer algún trámite. Entonces tenían que esperar un largo rato hasta que la madre terminara de estampar sobre el documento que fuera cada una de las letras que formaban el nombre; la mujer lo hacía solo de vez en cuando, si hacía falta. Conozco personalmente ese cuadro, fui testigo y parte de esa escena muchas veces, podría describirla con detalle pero voy a dejar que lo haga Eduardo Muslip, porque su abuela española, como mi madre italiana, algo sabía leer, muy poco escribir, apenas su nombre:

El cura le dijo a mi abuela que los hermanos después le enseñarían a leer y a escribir, pero casi no lo hicieron: sólo le enseñaron a firmar. Algo aprendió a leer, apenas ya en Buenos Aires, gracias a una maestra vecina para la que trabajó. Tu abuela algo sabe leer, lee los titulares de los diarios, decían mi madre y mis tías. Fijate que ella se queda un buen rato con el diario, a veces hace algún comentario sobre las noticias, me señalaban. [...] Su escritura, en cambio, siempre se limitó a su firma. Mi abuela firmaba con su nombre completo, hacía una firma larga y lenta, muy clara. Era importante la legibilidad del nombre. Tal vez porque no era propiamente legible para ella misma. [...] Nunca le gustó firmar: sus hijas recordaban que, cuando estaban en la escuela, ella se resistía a firmar los boletines; lo hizo al comienzo, hasta que las niñas aprendieron a escribir. Ellas mismas empezaron a firmar sus propios boletines, imitando bien y sin consecuencias la larga firma de la madre. Cuando, sesenta años después, la acompañaban a cobrar la jubilación, se impacientaban por el tiempo que le llevaba firmar en la ventanilla el cobro. Había una gran diferencia entre su modo de hablar, sus frases cortas, ásperas, y su modo de escribir. La firma le sirvió cuando ingresó a Buenos Aires por primera vez: tuvo que hacerla en la oficina de migraciones (Muslip, 2017, p. 31).

Florentina apenas sabe escribir pero es una trabajadora incansable, como lo fue en el siglo XIX Doña Paula Albarracín, pero un poco más enojosa y resentida con los curas que no la dejaron aprender lo que hacía falta. A ella, por ser mujer, la dejaron rezagada, a merced de los hombres de la casa, para que le enseñaran lo que quisieran, alguna cosa necesaria o ninguna. “Tu abuela viajó como ganado [...] Tu abuela tuvo una vida muy sacrificada. Tu abuela siempre trabajó de sol a sol. Tu abuela siempre trabajó como una mula” (*ivi*, p. 53). Resuenan estas frases en la novela de Muslip, son las frases que describen a Florentina, traducen la mirada de los otros para su nieto, que escribe la historia cuando se convierte en adulto. Una mujer trabajadora, eso es Florentina. Una mujer acostumbrada a cargar el peso sobre sus hombros. Una mujer fuerte, valiente, que odia a los curas y habla con su lengua: “me deixa em paz, peste!”, dice, cuando quiere delimitar en torno suyo una zona de exclusión, para que la dejen sola con su intimidad y sus trabajos. Así también la recuerda el nieto, que transcribe en clave literaria la voz de la abuela:

Ahora puedo decir que decía frases en gallego, pero para mí esas frases eran en la misma lengua, un castellano con algunas rarezas, más propias de la personalidad de mi abuela que de una lengua. Sus historias más largas las hacía en castellano, pero de esas historias me acuerdo el contenido, no sus palabras. [...] El lenguaje de mi abuela era un mundo de frases cortas: insultos, órdenes, refranes. (*ivi*, p. 57).

La voz de la abuela se levanta por encima de todos los libros que no leyó, por encima de las letras que dibujaba laboriosamente sobre el papel, esa *voz recuperada* por el nieto evoca el sentimiento de rencor en contra de esos hombres que le negaron un acceso directo a la palabra escrita. Los carteles en la calle que no entiende Florentina, lo que está escrito debajo de los titulares de los diarios que apenas llega ella a balbucear. La abuela iletrada de Muslip. La madre iletrada de Sarmiento. Hay muchas.

Lectura e intimidad

En 2001 se publicó por primera vez en Buenos Aires una novela de Griselda Gambaro que fue muy leída, circuló, gustó mucho: *El mar que nos trajo*. Hay inmigrantes italianos en esa novela. Hay guerras y destierros. Hay dolores. Hay mujeres iletradas, desde ya. Y hay historias de pérdidas, de trabajos forzados, de amores extraviados y encontrados, historias de cartas que no se pueden leer a solas, con los propios ojos, en silencio. No se pueden leer sin un *mediador*. Natalia, la protagonista, espera hace años una carta de su padre que no llega. Quiere saber si su padre la recuerda aun o la olvidó. Si es cierto que las abandonó para siempre, a ella y a su hermana, cuando regresó a Italia donde tenía otra familia. O si las quiere a ellas todavía. Un día llega la carta tan esperada y Natalia le pide a la hermana menor que la lea en voz alta: “–Algo aprendiste, ¿verdad?”, e insiste, para eso la mandó un tiempo a la escuela hasta hace poco. La chica lo intenta: “Isabella contrajo los rasgos, su frente se plegó, acercó el sobre a los ojos, como miope. Deletreó dificultosamente. Luego, mientras Natalia la observaba, exigente, sonrió: –Dice tu nombre” (Gambaro, 2015, p. 77).

Pero Isabella no puede seguir leyendo porque tanto no sabe. Natalia le saca de las manos la carta con violencia y se acuerda que en la pieza del fondo del conventillo donde viven, varias veces ha visto a los paisanos de Bonifati leyendo el diario. No los conoce demasiado, no tiene confianza con ellos pero va a pedirles el favor. Llega, toca a la puerta, un joven italiano la recibe, se dispone a ayudarla. Abre la carta y lee, primero para sí, después para Natalia. Son malas las noticias: “su padre ha muerto”, dice este joven, que en la historia de Gambaro asume la posición de un *mediador de la lectura* (complementaria a la de aquellos que “escriben para otros” (Petrucci, 2018). La escena es íntima, hay dolor, hay angustia, aunque Natalia reprime las lágrimas o las quejas, así que el joven se apiada, respeta el silencio. Pero *leer para otro implica establecer un vínculo, incluso, entrar en una complicidad*, en un territorio que involucra a dos personas o más. Así que no asombrará que este encuentro sea decisivo y selle para siempre una alianza entre los jóvenes inmigrantes que pronto se enamoran, aunque la historia no es feliz.

Hay intimidad en el ejercicio o la práctica de la lectura. Incluso cuando no es solitaria o autónoma e interviene un mediador, es decir, aun cuando la relación de un sujeto con un escrito pueda ser indirecta, como en este caso. Natalia no sabe leer, no puede acceder por sí misma a una noticia que la toca íntimamente, porque la carta dice que su padre falleció. Cuando vuelve a la casa, Natalia se encierra en el dormitorio con la carta en la mano (la trajo hasta allí escondida entre los pliegues de la ropa). Todavía no le cuenta a su hermana lo que sabe. No se lo cuenta a nadie. Quiere estar sola con la carta en la mano, replegarse en su intimidad. Ya se aprendió de memoria el contenido, aunque lo haya escuchado una sola vez. Se acuerda de cada una de las palabras que le leyó su vecino. Ahora se dispone a repetirlas, una a una, *como si ella misma la leyera*. Tiene la carta abierta entre las manos, la ceremonia íntima de la lectura silenciosa se despliega como una mimesis de lo real:

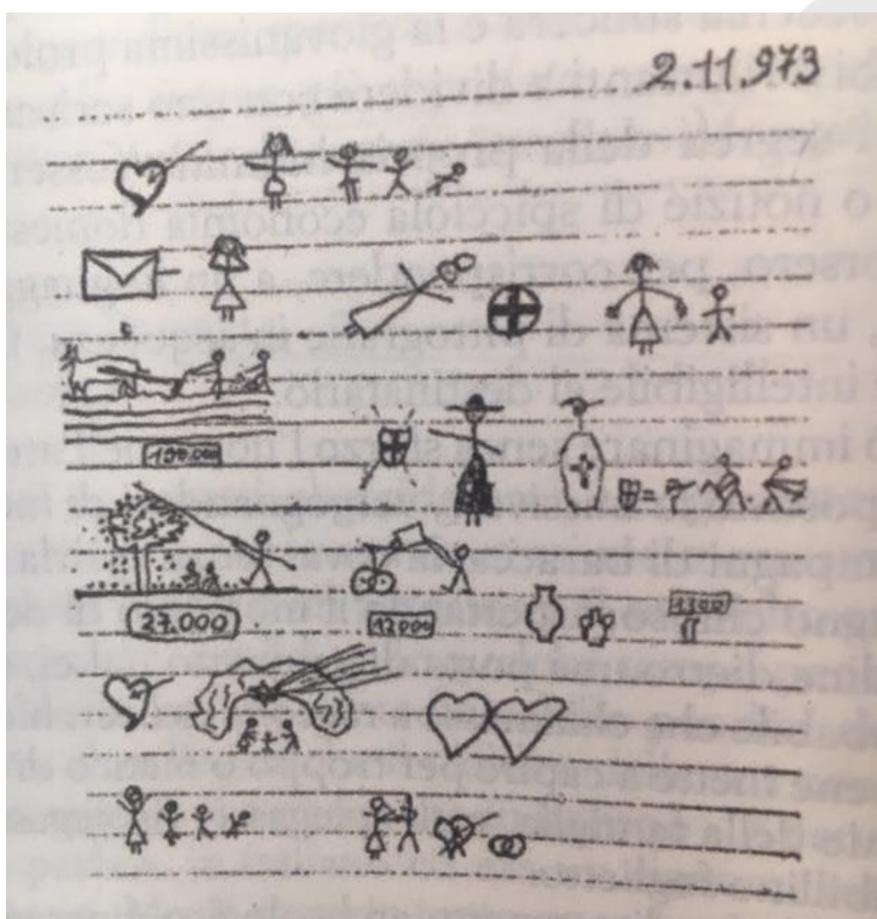
Observó, ya sin curiosidad, los signos que no comprendía, el sello, la impresión ondulada color lacre. Desplegó la carta sobre sus rodillas. La leyó con la voz de Nino, con los ojos de Nino de mirada triste. Se sentó en el borde de la cama que compartía con Isabella. Debía ponerse a la máquina y trabajar, pero no pudo hacerlo. Habló mucho con su padre esa noche, mientras Isabella dormía y su madre se despertaba cada tanto. Supo que no la había olvidado y como era esto lo que ella siempre le había pedido, los reproches se ahogaron en su corazón. Suspiró con lasitud. Él la había fijado en la foto de esa niña de tres años, de pie en un almohadón, el brazo izquierdo descansando en una columna, y no la hubiera reconocido como era ahora, una mujer animosa pero severa, de carácter fuerte. Después guardó la carta y lloró como si su padre nunca la hubiera abandonado, como si él la hubiera visto crecer y ella morir (*ivi*, p. 84).

La escritura y la lectura tienden un puente, una cercanía que la distancia física, tanto como el abandono o la muerte anularon. Aquí *leer es restaurar una intimidad con el padre*, más allá de la muerte. Es comprobar que él había guardado durante toda la vida una foto suya, una foto de niña que llega, por fin, a sus manos, para confirmar que siempre fue amada en silencio por él, que nunca la olvidó. En situaciones como ésta, la lectura resguarda la intimidad y otorga un sentido a la vida, también redime una identidad vulnerada por el miedo al desamor. Por eso la lectura está justo en el centro, en el corazón de lo íntimo.

Sin mediaciones: escrituras en la intimidad

Quiero terminar haciendo referencia a una historia que viene del otro lado del océano. Es una historia que nos cuenta un escritor italiano, Gesualdo Bufalino y transcurre en Sicilia. Esta historia pone en foco ya no la voz sino *la escritura de*

dos iletrados. También una suerte de orgullo digno, de intimidad amorosa que no acepta delegaciones, ni mediadores, ni terceros de ninguna clase, entre dos que quieren comunicarse por escrito en absoluta reserva. Se trata de la intimidad de dos esposos que se ven obligados a separarse por un largo tiempo (él emigra a Alemania por trabajo; ella se queda en el pueblo cuidando a la suegra y a la prole). Pero encuentran un modo personal de ponerse al tanto de las noticias cotidianas, los sentimientos, los anhelos, las ansias de espera, el deseo de reencontrarse. Deciden comunicarse directamente, sin mediadores de ninguna clase, aunque no saben escribir pero estampan sobre el papel una serie de dibujos que transmiten noticias, sentimientos, expresan ilusiones que un corresponsal desea compartir o hacer saber al otro. Para decirlo con las palabras de Bufalino, estos esposos “inventan un lenguaje de convenciones, un sistema de pictografías en secuencia, cuyo sentido pudiera ser inteligible para el destinatario” (Bufalino, 2018, p. 275). Veamos con nuestros propios ojos una de esas cartas y su modo particular de administrar noticias y emociones:



3. Pictograma incluido por Gesualdo Bufalino en “Messaggi de ‘lingue tagliate’”.

Bufalino incluye esta imagen en su relato titulado “Messagi di ‘lingue tagliatti’” (3). Se trata de una de las muchas cartas que intercambiaron los esposos a lo largo del tiempo en que estuvieron separados, mientras pasaban las estaciones, sucedían hechos graves, había trabajos, dinero en juego, niños creciendo, ancianos muriendo, toda una alianza indestructible de intereses entre los dos. Bufalino relata la historia interpretando a su manera esas imágenes, traduciéndolas en una versión comprensible para nosotros, espías, con él, de la correspondencia ajena. Transcribo tan sólo un par de fragmento que corresponden a la lectura de las dos primeras secuencias de los pictogramas:

Amor mío querido, mi corazón es llevado lejos por tu pensamiento, y te abrazo aquí junto con nuestros tres hijos. Todos en buena salud, yo y los dos grandecitos, el más pequeño, indispueto pero no gravemente. La carta anterior que te escribí no tuvo respuesta... Tu madre, aquejada de un mal, se encuentra en el hospital adonde voy a visitarla. No temas que yo no le traiga lo necesario, ni que ande sola dando lugar a las malas lenguas: me acompaña siempre el hijo del medio, mientras que el mayor se queda cuidando al más chiquito. He previsto que nuestro terreno fuera arado y sembrado. A los dos “jornaleros” les di 150000 liras. Se han hecho las elecciones para la Comuna. Yo voté la Democracia Cristiana, como el párroco lo sugirió. Para el Martillo y la Hoz, la derrota fue grande: como si hubieran muerto, en un féretro. Pero que gane uno u otro, es todo uno. Nada cambia para nosotros, la gente pobre: labramos la tierra ayer, todavía lo haremos mañana. Muchos olivos este año, de nuestros olivares. El hombre y los dos muchachos que contraté, uno para batirlos y el otro para recogerlos en el suelo, me costaron 27000 liras. Gasté otras 12000 liras en el molino. Hice tanto aceite para llenar una jarra grande y una pequeña. Puedo obtener el precio actual, que es de 1300 liras por litro. Mi amor, estando lejos, mi corazón piensa en ti. Ahora, sobre todo, se acerca la Navidad y me gustaría estar contigo, de corazón a corazón. Un abrazo, por tanto, de mí y de tres niños pequeños. Adiós, querido amor, mi corazón es tuyo y te soy fiel, unido a ti como nuestros dos anillos (2018, p. 276).³

³La traducción al español es mía, cito a continuación el original: “Amore mio caro, il mio cuore è trafitto dal tuo pensiero lontano, e ti tendo le braccia insieme ai tre figli. Tutti in buona salute, io e i due grandicelli, indisposto, ma non gravemente, il piccino. La precedente lettera che t’hospedito non ha ricevuto risposta e ne soffro. Tua madre, colpita da un male, si trova in ospedale, dove mi reco a trovarla. Non temere che ci vada a mani vuote; né sola, dando esca a male lingue: m’accompagna il figlio mezzano, mentre il maggiore rimane a guardare il minore. Il nostro poderetto, ho provveduto che fosse arato e seminato. Aidue “giornalieri” ho dato 150.000 lire. Si son fatte le elezioni per il Comune. Ho votato Democrazia Cristiana, come il párroco m’ha suggerito. Per la Falce e Martello la sconfitta è stata grande: come fosseromorti, in un cataletto./ Ma che vincano gli uni o gli altri, è tutt’una. Nulla cambia per noi poveretti: abbiamo zappato ieri, zapperemo ancora domani.../ Molte ulive, quest’anno, dai nostri ulivi. L’uomo e i due ragazzi che ho assunto, l’uno per bacchiarle, gli altri per raccogliarle a terra, mi sono costati 27.000 lire. Altre 12.000 lire ho spese per il frantoio. Ne ho ricavato tant’olio da riempire una giara grande e una

Bufalino sigue por este camino interpretando una historia contada *no con palabras* sino con pequeños dibujos, pictogramas, cargados de un alto voltaje informativo y emocional. Leyendo la versión del escritor italiano se puede pensar que él un poco juega, literariamente hablando, da vuelo a su imaginación, sea que acierte o no con la lectura. El texto de Bufalino, junto con las imágenes, pueden tentarnos a encontrar la versión propia, ese matiz de lectura que introduce cualquier mediador en el momento en que interviene o se inmiscuye entre emisor y destinatario de una correspondencia ajena. El mediador es ese tercero entre dos que introduce la voz o la palabra, una versión de la noticia en curso que conlleva también un estilo, decisiones narrativas que ponen en juego una acción de autoría (el caso es similar al de los traductores o los lenguaraces que imprimen una nota personal o de autor a la comunicación oral o escrita). Quiero decir que *el mediador introduce un sesgo propio de autoría* en el texto que compone para otro, lo hace a través de la selección del vocabulario, los giros sensibles que imprime al escrito, el campo semántico y sintáctico que organiza para dar al texto la intencionalidad de quien dicta o encarga el escrito. Ya sea que lo haga a cambio de una paga, por amistad o en la necesidad del momento. En el caso que observamos, Bufalino traduce para nosotros un conjunto de imágenes que él interpreta y pone en palabras, lo mueve a ello un interés literario. Pero también nosotros podemos afinar la mirada sobre los pictogramas y encontrar el sentido de esos corazones dibujados varias veces a lo largo de la página.

En esa carta donde asoman la vida, la muerte, los curas, la navidad, los hijos, la madre, el arado, la tierra, los trabajadores, el dinero, donde también se expresan, aquí y allá, los sentimientos, vemos que estos esposos parecen amarse. Tal vez por eso mismo, porque hay una cercanía profunda entre ellos, y porque tienen recursos propios o creatividad, será que no aceptan terceros. Lo cierto es que esa clase de intimidad epistolar hace las veces de un secreto entre dos, y se vale para ello de una práctica antigua, la iconografía. Muchos la utilizan todavía o lo hicieron en el pasado, por ejemplo, los señores de la nobleza, los curas y los iletrados de la Edad Media, del Renacimiento, de la época moderna. Supieron todos y lo sabemos nosotros que un analfabeto puede leer imágenes, por ejemplo, la historia de la Biblia en las pinturas que cuelgan de las paredes de las iglesias. O las que suelen exhibir los *vitraux* en lo alto de las catedrales. O también las que están en los altares o en las galerías por donde pasean los fieles. Un iletrado puede aprender la historia

piccola. Posso ricavarne il prezzo corrente che è di 1.300 lire al litro... Amore lontano, il mio cuore ti pensa. Ora, soprattutto, che viene Natale e vorrei essere insieme a te, cuore a cuore. Un abbraccio, dunque, da me e da tre figliolini. Arrivederci, amore caro, il mio cuore è tuo e ti sono fedele, unita a te come i nostri due anelli...".

de Jesús tan sólo observando, leyendo imágenes, del mismo modo que los esposos sicilianos de Bufalino cuentan su historia en pictogramas. Ellos lo hacen para conocer las emociones o las vicisitudes que afronta el amado en un lugar lejano, para sostener una intimidad que peligra en la distancia de los cuerpos separados. Y algo más, a veces *la escritura y la lectura profundizan esa intimidad*. Todos sabemos que hay cosas que se dicen mejor por escrito, así que los esposos sicilianos sabrán mejor cuánto se extrañan o se necesitan uno al otro, hasta qué punto su vida personal está unida al amado, de qué está hecha la intimidad que los liga, por medio de las cartas. Al parecer, está hecha de corazones, de hijos que crecen, de flaquezas, de inestabilidades, de una lengua nueva entre ellos. Acaso en ese puñado de imágenes se atreven a expresar mejor lo que el pudor impide, a veces, decir cara a cara. Es así que un recurso antiguo, el de los pictogramas, y una práctica de lectura moderna, la lectura silenciosa, acerca y une a estos personajes.

Espero que este corto, aunque variado, recorrido por épocas y culturas diferentes haya permitido visualizar algunas cuestiones que me interesa seguir pensando: 1) que la lectura y la escritura *involucran a todos los sujetos que forman parte de una cultura*, sea que puedan usar o aprovecharse de sus beneficios en forma directa, activa, o que necesiten de otros para acceder a ellos; 2) que los iletrados tienen diversos modos de conectar con los libros y escritos, no sólo a través de mediadores letrados –esos “secretarios de los humildes”, como se los llamaba en el siglo XIX, según recuerda el poeta Pedro Salinas (1983, p. 19-113)–. También pueden hacerlo a través de imágenes, dibujos, ilustraciones, palabras que se inscriben, ya sea sobre la página en blanco o sobre las piedras, sobre la tierra o la arena o también en el cielo (en caso de que los aviones pasen dibujando frases publicitarias, como es común que ocurra hoy en día en algunos balnearios); 3) de lo que se deduce que existen lazos profundos entre lectura, escritura e intimidad, los ejemplos podrían ser innumerables y trascienden el campo estricto de la historia literaria. Porque la lectura y la escritura requieren aprendizajes que involucran aspectos intelectuales y emocionales, se valen de maestros, se transmiten entre amigos, enemigos, amantes, hermanos, conocidos. La intimidad, hecha de incertidumbres, silencios y revelaciones, suele encontrar una forma propicia de expresión en *la escritura* (tan permeable a la introspección como a la comunicación). Cualquiera puede valerse de esta invención humana, la alfabetización no es patrimonio exclusivo de los sujetos letrados que la detentan.

Bibliografía

- ALBERDI, Juan Bautista. *Mi vida privada y otros textos*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, s/f.
- BATTICUORE, Graciela. *La mujer lectora en el siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.
- BATTICUORE, Graciela. "Lectores y bibliotecas argentinas: escenas fundantes", en SCHAPOCHNIK, Nelson – MARTINS VENANCIO, Giselle (coords.). *Escrita, Edição e Leitura na America Latina*, Universidade Federal Fluminense, Niteroi, Brasil, 2016. (pp. 49-65) www.historia.uff.br/sharp/livro/ ISBN 978-85-63735-19-5-2.
- BUFALINO, Gesualdo. "Messaggi di 'lingue tagliate'", de *La luce e il lutto*, en *Cento Sicilie: Testimonianze per un ritratto*, Firenze, Giunti Editore, 2018. (pp. 275-277).
- GAMBARO, Griselda. *El mar que nos trajo*, Buenos Aires, Alfaguara, 2015.
- GIORDANO, Alberto. *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*, Buenos Aires, Mansalva, 2008
- JULLIEN, François. *Lo íntimo. Lejos del ruidoso amor*, traducción de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016.
- LYONS, Martyn. *La cultura escrita de la gente común en Europa*, Buenos Aires, Ampersand, 2018.
- MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- MUSLIP, Eduardo. *Florentina*, Buenos Aires, 2017.
- PARDO, José Luis. *La intimidación*, Valencia, Pre-textos, 1996.
- POLETTI, Syria, *Gente conmigo*, Córdoba, EDUVIM, 2017.
- PIGLIA, Ricardo. "Notas sobre *Facundo*", *Punto de vista*, año 3, número 8, marzo-junio, 1980. (pp. 15-18)
- RAMOS, Julio. "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de Sarmiento", *Revista Iberoamericana*, LIV, núm. 143, abril-junio 1988. (pp. 551-569).
- ROUSSEAU, Juan Jacobo. *Confesiones*, Buenos Aires, Editorial Porrúa, 1985.
- PETRUCCI, Armando. *Escribir cartas*, Buenos Aires, Ampersand, 2018.
- SALINAS, Pedro. "Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar", en *El defensor*, Madrid, Alianza, 1983. (pp. 99-116).

Graciela Batticuore

Es Profesora Asociada de Literatura Argentina I en la Universidad de Buenos Aires e Investigadora del CONICET. Publicó *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina* (2017); *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución* (2011); *La mujer*

romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870 (2005), *El taller de la escritora. Veladas Literarias de Juana Manuela Gorriti* (1999). También es autora de la novela *Marea* (2019), *El fin de la noche* (2017), *La noche* (2016), *Sol de enero* (2015).
Contacto: gbatticuore@gmail.com

Recibido: 21.05.2020

Aceptado: 30.10.2020